

Donde la memoria de Lucas

**C.E.I.P. “Las Lomas”
GUADALAJARA**

Curso 2008-2009



CEIP "San Francisco de Asís"
Calle 10, 10000
Santo Domingo, República Dominicana

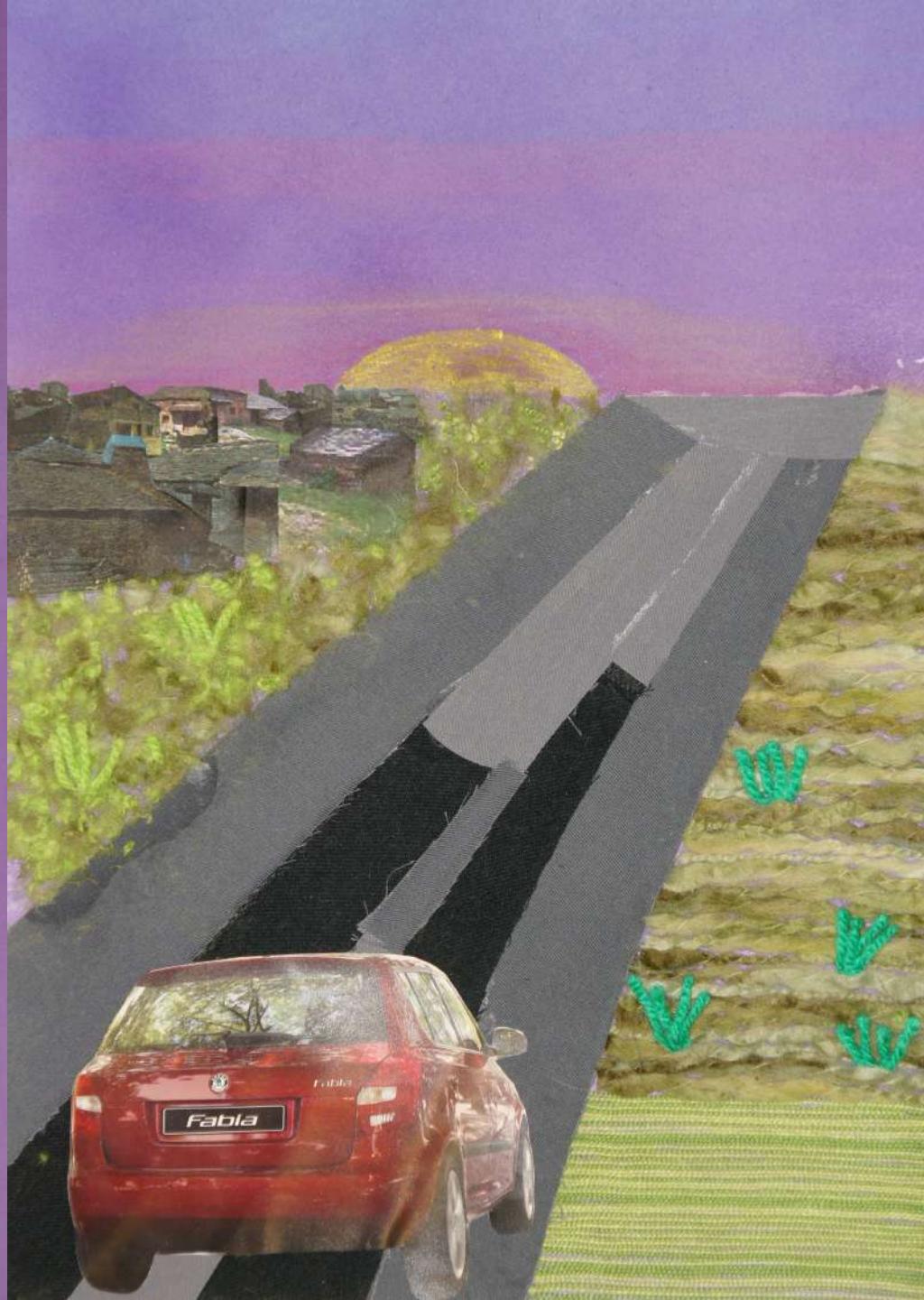


DONDE LA MEMORIA DE LUCAS

Lucas, el niño que había viajado a ciudades y a continentes lejanos, ya no era tan niño. Su vida en la ciudad de Guadalajara, en el barrio de las Lomas, iba pasando con la naturalidad de las cosas, los días llegaban uno detrás de otro mientras Lucas crecía y se abría al mundo lleno de posibilidades, que le rodeaba. Estaba contento viviendo en una ciudad habitable, es cierto, en alguna ocasión cambiaba de menor el campo y el pueblo donde había pasado los primeros años de su infancia.

Aquella primavera, después de un largo y duro invierno, su familia había decidido tomarse unos días libres por Semana Santa en el pueblo. Se trataba de un lugar en las estribaciones de la sierra donde, según se encendía, el bosque cubría los campos. Pero todo era el sitio donde vivieron sus abuelos, Juan y Manolita, recordados del río que ahora era su vida.

Los nervios y las discusiones de los preparativos del viaje se compensaron con la ilusión que todo la familia tenía. Lucas recordaba poco pensó la memoria que el año anterior se escapó el sol, necesitaba mucha ropa. El trayecto no era corto pero ahora las carreteras eran otra cosa, según decía el abuelo, y no como antes que tenían que sacar todo el día para llegar a caballo de un pueblo a otro por caminos impracticables. En poco más de dos horas se presentaron en la única casa de labranza que, mucho mejor acondicionada que antes, servía de vivienda para los abuelos y para los hijos que se vivía en un solo local.



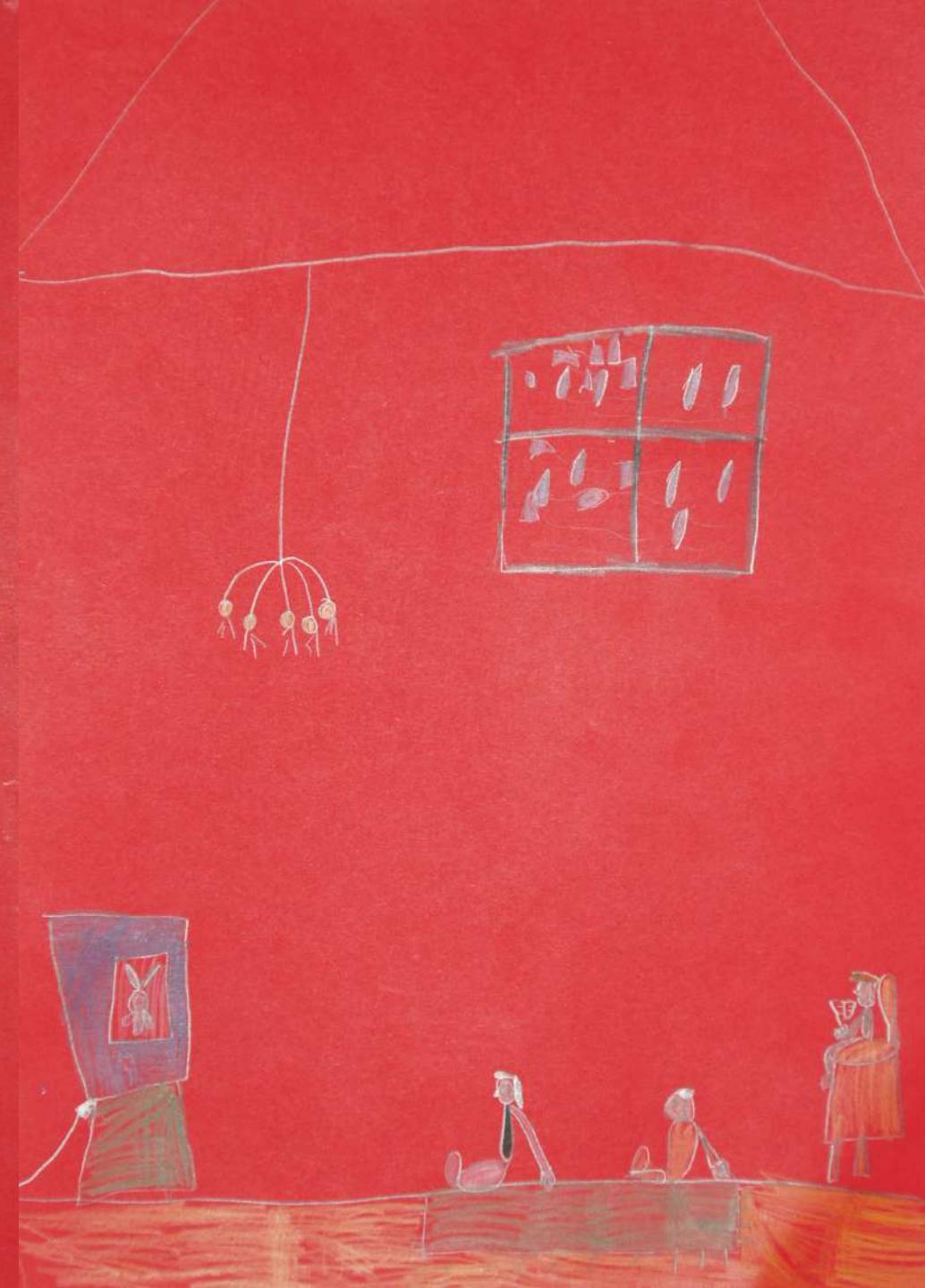
La llegada al pueblo siempre es un acontecimiento, todo un mundo nuevo a aparecer cubriendo los sentidos de antiguas sensaciones; el tacto se satura de besos a brazos y apretones por todo el cuerpo; el oido se inunda de palabras amables y cariñosas que, en un acento sejano, te acercan a lo ternura; la vista abarca un paisaje familiar lleno de curvas y rectas conocidas de antes. Pero lo que nos lleva a otra dimensión es la entrada a la cocina de la abuela Manoli. Allí los mismos fruterías de siempre llenos de membrillos, nueces, naranjas y manzanas que desprenden un aroma dulce y suave, allí los mismos sellares descoloridos que en su interior guardan las formas de los dueños de la casa, allí la atmósfera donde siempre se habla sentido el calor del hogar, allí la bandeja de rosquillas recién hechas de la abuela que tomando una entre sus manos se la ofrece a Lucas:

-Toma hijo, que como sé que te gustan las he hecho esta mañana para ti.

Lucas muerde un bocado de la rosquilla y su cuerpo se inunda de la cabeza a los pies, de un maridado de recuerdos nunca olvidado.

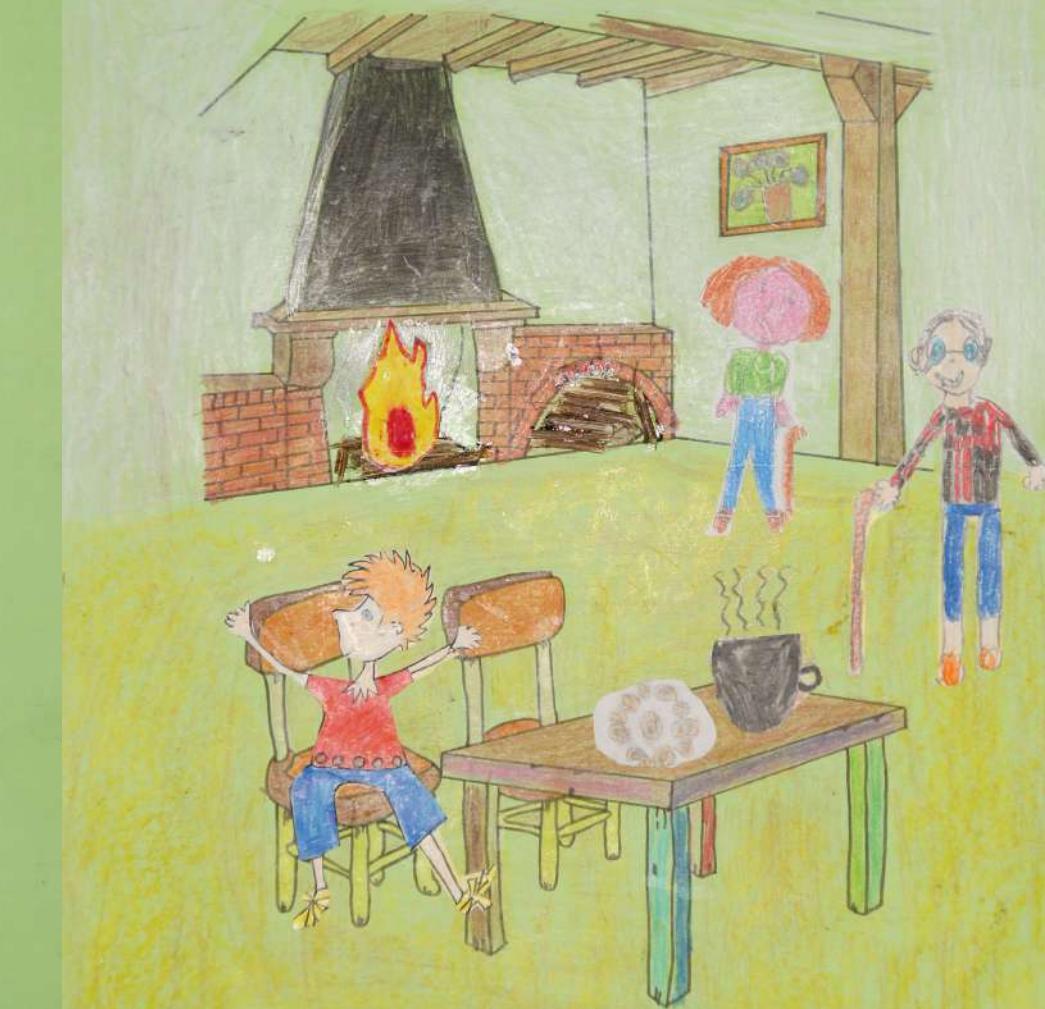


Los primeros días de la sombra fueron
de buen tiempo de estrenar casa y de jugar
en el pueblo. Pero el paseo maneció nublado.
el mediodía un viento frío sorprendió a explotar
y después de comer, a la tarde, la temperatura
bajó y el aire nublado y se hizo una comparsa
de lluvia y algodón que no se cortaba.
Unos levitas que habían traído galletas en el
cuarto de estar donde los demás estaban televidiendo.



Como el aire helado empezaba a destemplar la casa, Lucas sintió en la cocina de al lado al abuelo Juan trajinando con unos palos para echar lumbre. Cuando la hubo encendido, una tormenta venida de la sierra dejó sin luz al pequeño pueblo en el que Lucas y su familia pasaban la tarde. El abuelo Juan con su lumbre, la abuela Manoli con chocolate caliente y rosquillas invitaron a todos a pasar una velada junto al fuego escuchando el sonido de la lumbre y las palabras que la memoria recuerda.

La abuela, según iba sirviendo el chocolate, al mismo ritmo que se movía por la cocina hablaba como si sus palabras dieran sentido a lo que sus manos hacían.



Ahora todos vivimos en ciudades, siempre con prisas. Antes todo era distinto, en cuanto hacía buen tiempo y llegaba la primavera mi madre, mis tíos y todos los chicos y chicas del pueblo nos íbamos de paseo por el entorno de la Fuente de la Alegría. Subíamos cortando, cogiendo adelfas y trabalenguas mientras ascendíamos la cuesta que vole ante de llegar a una praderita donde descansábamos y merendábamos. Allí los chicos cogíamos margaritas que nos soltabamos unos con otras hasta formar coronas de flores que nos poníamos de

collares y de pulseras. Los chicos cogían mariposas que nos ponían por los brazos y las manos para que nos hicieran cosquillas entre los dedos.

Cuando llegábamos sacábamos cuerda y jugábamos a saltar al postuelo y al escondite. Explorábamos todos los alrededores de la entrada al monte, al marcharlos llenábamos nuestra cantimplora de agua riquísima y fresca de la fuente para llevarla a casa donde no tenemos agua corriente.

Aquí sentada con vosotros, si cierro los ojos me llegan aquellos aromas a margarita, a tortilla de patata ya la brisa fresca que sopla en lo alto del monte y me parece escuchar el rumor del agua al caer del caño de la Fuente de la Alegría.



Todos nos quedamos por unos segundos
en silencio invadido por rumores lejano.
El crepitar de las llamas nos devolvió a
la penumbra de las velas y la lumbre.
La voz grave del abuelo nos llevó de nuevo
al rincón de la cocina:
Pues nosotros, en pleno invierno cuando
caían las mayores heladas nos gustaba
ir al Navajo, los pozos que se
formaban a los alrededores del pueblo
junto a la carretera de la capital.
Entonces el agua se congelaba y nos gustaba
hacer el bruto patinando sobre el hielo. No lo
pardiñamos de miedo... si no fuera
por los percances que nos ocurrían...
Recuerdo que un día, estando patinando
con los amigos, se rompió una parte
del hielo y allí que me fui "pa'l'
agua.



HC
No siento mas el agua fría como los palos que
me dio mi padre cuando llegué empapado.

Lucas no podía ver a su amado de niño
recibiendo palos de un señor mayor que él,
pero la fantasía del momento podía con todo

A mi no se me olvida el día del incendio en casa de "Las Diegas". Recuerdo que era después de los Santos, ya avanzado noviembre, cuando las cosechas están en las cámaras y algunos ya habían hecho la matanza. De repente, por la tarde surgió un incendio en la casa de "Las Diegas"; la algarabía era tremenda, las campanas de la iglesia repicaban sin parar avisando a todos los vecinos del pueblo. Todos acudieron con los cubos y baldes que tenían a mano, se hizo una cadena desde la fuente de la plaza hasta el fuego y en medio de todo el jaleo, los dueños de la casa no dejaban de gritar: "¡Agua, agua, y que no suba gente!" Nadie lo dijo, pero todos sabíamos por qué: la cámara y la despensa estaban llenas de grano y matanza que no querían dejar marchar. De ahí tenemos el dicho en el pueblo que dice eso de: "¡Agua, agua y que no suba gente!, como decían las Diegas.



Después de éstas y otras historias, cuando la hermanita de Lucas fue acostada por sus padres, él se fue a la cama. Dio un beso a sus abuelos, otro a sus padres y se introdujo en unas sábanas tibias y blancas que cubrían un mullido y cálido colchón de lana. Al ir a cerrar los ojos, percibió la presencia de su abuelo Juan que dándole las buenas noches, le dijo:

Lucas, si guardas en la memoria los sonidos de esta noche, tendrás junto a ti nuestra presencia, aunque nos hayamos ido.



Los sonidos de la memoria de Lucas los acabamos de leer en éste libro gigante. Pero en el COLEGIO DE LAS LOMAS hay muchos chicos y chicas que tienen también sonidos que quieren hacer sonar.

He aquí los sonidos de la memoria de muchos de los que vivimos día a día en el Colegio.

